

severamente por su mala fe y les exhortó á aprovechar la lección que les daban tantas derrotas, y á que reconociesen al fin la existencia de los dioses y santidad de los juramentos; en seguida les manifestó las condiciones de la paz: «Vivirían en libertad bajo el imperio de sus leyes; las ciudades, territorios y fronteras que poseían antes de la guerra las conservarían, y desde aquel día los romanos cesarían en sus devastaciones. Devolverían á los romanos todos los trásfugas, desertores y prisioneros; entregarían todas las naves rostradas, exceptuando diez trirremes, y los elefantes domados que tenían, no pudiendo domar otros. Se les prohibía hacer la guerra en África ó fuera de ella sin permiso del pueblo romano. Darían satisfacción á Masinissa y ajustarían alianza con él. Suministrarían víveres y pagarían doble sueldo á los auxiliares, hasta que sus legados regresaran de Roma. Pagarían en cincuenta años un tributo de diez mil talentos de plata dividido en partes iguales. Por elección de Scipión, entregarían cien rehenes de catorce años al menos y de treinta á lo más. Les concedería una tregua, si restituían con sus cargamentos las naves de transporte capturadas durante la primera tregua, sin lo cual ni paz ni tregua podían esperar.» Tales fueron las condiciones que los legados debieron llevar á Cartago. Acababan de exponerlas en la asamblea, y Gisgón, que se había levantado para hablar en contra de la paz, conseguía la atención de la multitud, tan turbulenta como cobarde, cuando Anníbal, indignado de que en aquel momento se pronunciasen y escucharan tales palabras, cogió á Gisgón por un brazo y lo arrancó de la tribuna. Esta violencia, completamente nueva en la República, excitó murmullos en el pueblo, y el general, desconcertado por

aquella manifestación á que no le había acostumbrado la vida de los campamentos, dijo: «Tenía nueve años cuando os dejé, y después de treinta y cinco de ausencia, vuelvo entre vosotros. Desde la infancia aprendí las prácticas de la guerra, combatiendo por mi propia cuenta ó en servicio del Estado, y creo conocerlas bastante bien; en cuanto á las leyes, usos y costumbres de la ciudad y del foro, vosotros me las enseñaréis.» Después de excusar de esta manera su precipitación, habló largamente acerca de la paz para demostrar que no era demasiado onerosa y que era necesario aceptarla. Lo que causaba mayor apuro era que de las naves capturadas durante la tregua, solamente se encontraban las naves mismas; no era fácil una investigación, perteneciendo los presuntos culpables al partido que no quería la paz. Convínose en devolver las naves y ponerse en seguida en busca de las tripulaciones, y en lo que se refería á los cargamentos se atenderían á lo que estimare Scipión, pagando también su valor los cartagineses. Algunos historiadores pretenden que Anníbal corrió desde el campo de batalla al mar, se embarcó en una nave preparada de antemano, y marchó con Antioco; que Scipión, habiendo pedido ante todo que le entregasen á Anníbal, le contestaron que no se encontraban ya en África.

Cuando regresaron los legados ante Scipión, encargóse á los cuestores hacer la cuenta, según los registros públicos, de lo que había pertenecido al Estado en las naves, y se invitó á los propietarios particulares á declarar lo que habían perdido. La cantidad total se elevó á veinticinco mil libras de peso de plata, que exigieron al contado: después se concedieron tres meses de tregua á los cartagineses. Prohibióseles enviar

legados, durante esta tregua, á otra parte que Roma, y dejar partir los que pudieran presentarse en Cartago antes de enterar al general romano de dónde venían y qué pedían. Envióse á Roma con L. Veturio Filo, M. Marcio Rala y L. Scipión, hermano del general, los legados de Cartago. Por este tiempo, convoyes que llegaron de Sicilia y de Cerdeña produjeron tal baja en el precio de los trigos, que los mercaderes abandonaban los granos á las tripulaciones para pagarles el transporte. En Roma produjo cierta alarma la noticia de la ruptura de la primera tregua por los cartagineses, y Ti. Claudio recibió orden de partir á toda prisa con su flota para la Sicilia y de pasar desde allí al África; el otro cónsul, C. Servilio, debía permanecer á las puertas de la ciudad, hasta que se conociese el estado de los asuntos en África. Ti. Claudio empleó mucha lentitud en sus preparativos de marcha, porque el Senado había dejado á Scipión, más bien que al cónsul, árbitro de las condiciones con que se concedería la paz. El anuncio de algunos prodigios había concurrido, con la noticia de la ruptura de los tratados, á aumentar los temores. En Cumas pareció estrecharse el disco del sol y cayó una lluvia de piedras. Cerca de Veliterno se había entreabierto la tierra, formando inmensos abismos, en cuyas profundidades desaparecieron árboles enteros. El foro y las tiendas que le rodeaban, en la ciudad de Aricia; una puerta y algunos puntos de las murallas en Frosinone, habían sido heridos por el rayo. En el monte Palatino había caído una lluvia de piedras. Para expiar este último prodigio, se ofreció, según la práctica antigua, un sacrificio novendial; para los otros inmoláronse víctimas mayores. En medio de estas expiaciones, extraordinaria crecida de aguas vino á au-

mentar los terrores religiosos. Tal fué el desbordamiento del Tíber, que quedó inundado el Circo, siendo necesario celebrar los juegos Apolinarios fuera de la puerta Colina, cerca del templo de Venus Ericina. Por lo demás, el mismo día de los juegos reapareció el buen tiempo, y la comitiva sagrada, que había tomado el camino de la puerta Colina, fué llamada y llevada al Circo, del que se había retirado el agua: la alegría del pueblo y la afluencia de espectadores á los juegos redoblaron cuando vieron que se celebraba la fiesta en el paraje acostumbrado.

El cónsul Claudio partió al fin de Roma; pero entre los puertos de Cosa y de Laureto (1) le asaltó furiosa tempestad que le produjo grandes temores. Llegado á Populonia (2), se detuvo allí, hasta que calmase la violencia de la tempestad, y pasó á la isla de Elba, de ésta á la de Córcega, y al fin de Córcega á Cerdeña. Allí, cuando doblaba los montes Insanos, un huracán mucho más terrible le asaltó en aquellos estrechos parajes y dispersó la flota. Muchas naves recibieron averías y perdieron las jarcias, y algunas se rompieron. Así maltrecha y desbaratada la flota arribó á Carales; sacaron á tierra las naves, y mientras las carenaban, sobrevino el invierno: pronto espiró el año, y no habiendo conseguido prórroga en su mando, Ti. Claudio regresó con su flota á Roma como simple particular. No queriendo M. Servilio que se le llamase para los comicios, nombró dictador á C. Servilio Gemino, y partió para su provincia. El dictador tomó por jefe de los caballeros á P. Elio Peto; pero cuantas veces debieron

(1) Ciudades de Etruria.

(2) Ciudad y promontorio de la misma comarca, enfrente de la isla de Elba.

celebrarse los comicios, lo impidieron tempestades. Así fué que la víspera de los idus de Marzo, los antiguos magistrados habían terminado en sus cargos sin que hubiese otros para reemplazarles, encontrándose la República sin magistrados cónsules. El pontífice T. Manlio Torcuato murió aquel año, sucediéndole C. Sulpicio Galba. L. Licinio Luculo y Q. Fulvio, ediles curules, hicieron representar durante tres días los juegos romanos. Los escribas y viatores (1) de los ediles, acusados y convictos de haber sustraído fraudulentamente dinero del Tesoro, fueron condenados, alcanzando la mancha al edil Luculo. Los ediles plebeyos P. Elio Tuberon y L. Letorio, cuya elección era viciosa, dimitieron el cargo; sin embargo, habían celebrado ya los juegos, dando con esta ocasión el acostumbrado banquete en el templo de Júpiter, y colocado en el Capitolio tres estatuas de plata, construidas con el producto de las multas. Un senatusconsulto encargó al dictador y al jefe de los caballeros celebrar la fiesta y los juegos de Ceres.

Los legados enviados de África, romanos y cartaginense, habían llegado á Roma y el Senado se reunió en el templo de Belona. Al decir L. Veturio Filo que la batalla perdida por Annibal había decidido de la suerte de Cartago y puesto fin á aquella desastrosa guerra, excitó transportes de alegría en la Asamblea; en seguida anunció la derrota de Vermina, hijo de Syfax, lo que aumentaba de algún modo la fortuna. En el acto recibió orden de presentarse al pueblo y darle cuenta de

(1) Los escribas, cuyo cargo era más considerado en Grecia que en Roma, transcribían las actas públicas, las leyes, etc. Los viatores eran empleados subalternos que advertían á los magistrados y senadores cuando había asambleas y que llevaban á la prisión á los sentenciados.

aquellas buenas noticias, y cuando se hubieron felicitado bastante, abrieron todos los templos de la ciudad y se decretaron tres días de acciones de gracias. Los legados de Cartago y los de Filipo, que acababan de llegar, pidieron audiencia al Senado; pero el Dictador les contestó, á nombre de los padres conscriptos, que se la concederían los nuevos cónsules. En seguida se celebraron los comicios, eligiéndose cónsules á Cn. Cornelio Lentulo y á P. Elio Peto; pretores á M. Junio Penno, que obtuvo la jurisdicción urbana; á M. Valerio Falto, que recibió el Brucio; á M. Fabio Buteo, que recibió la Cerdeña, y á P. Elio Tuberon, que obtuvo la Sicilia. Convínose en no decidir acerca de las provincias de los cónsules hasta haber recibido en audiencia á los legados del rey Filipo y los de Cartago. Preveíase que si terminaba una guerra, otra iba á comenzar. El cónsul Cn. Lentulo deseaba vehementemente recibir la provincia de África; si la guerra continuaba, la victoria era fácil; si tocaba á su término, ambicionaba la gloria de que terminase bajo su consulado. Negábase, pues, decía, á que se tratase otro asunto, antes de conferirle el mando de África, que su colega consentía en cederle. Peto tenía carácter prudente y moderado, y consideraba aquella rivalidad de gloria con Scipión como injusta é imposible de sostener. Q. Minucio Thiermo y Manio Acilio Glabrio, tribunos del pueblo, decían: *que Cn. Cornelio no hacía otra cosa que renovar una tentativa que inútilmente hizo el año anterior Ti. Claudio; que el Senado había concedido al pueblo el derecho de designar general para el mando de África, y que las treinta y cinco tribus habían votado á Scipión.* Después de largos debates en el Senado y delante del pueblo, se concluyó por dejar al Senado la resolución del asunto. Los

senadores, después de prestar juramento, conforme se había convenido, decidieron que los cónsules se pondrían de acuerdo para la repartición de las provincias ó las sortearían para saber cuál de los dos tendría la Italia y cual se pondría al frente de una flota de cincuenta naves. El que mandase la flota, debería marchar á Sicilia; si no estaba ajustada la paz con los cartagineses, pasaría al África. El cónsul mandaría en el mar, y Scipión en tierra, con los mismos títulos y los mismos poderes que había tenido hasta entonces. Si se ponían de acuerdo acerca de las condiciones de la paz, los tribunos propondrían al pueblo que decidiese si había de ser el cónsul ó P. Scipión quien hiciese el tratado y trajese de África el ejército victorioso, si se consideraba oportuno llamarlo. Si el pueblo quería que estos dos encargos se diesen á Scipión, el cónsul no pasaría de Sicilia á África. El otro cónsul, encargado de Italia, recibiría dos legiones del pretor M. Sextio.

P. Scipión conservó su ejército y se le prorrogó en el mando de la provincia de África. El pretor M. Valerio Falto recibió las dos legiones del Brucio que habían obedecido á C. Livio el año anterior. El pretor P. Elio debía recibir de Cn. Tremelio el mando de las dos legiones de Sicilia. Dióse á Fabio, para la Cerdeña, la legión que había servido á las órdenes del propretor P. Lentulo. M. Servilio, cónsul del año anterior, quedó al frente de sus dos legiones y de las de la Etruria. En cuanto á las Españas, hacía muchos años ya que las mandaban L. Cornelio Lentulo y L. Manlio Acidino; encargóse, pues, á los cónsules que se pusieran de acuerdo con los tribunos si les parecía conveniente para proponer al pueblo que decidiese acerca de quién había de recibir aquella provincia. El magistrado designado for-

maría con los dos ejércitos de España una legión de soldados romanos, otra y quince cohortes de aliados del nombre latino, al frente de las cuales ocuparía la provincia: L. Cornelio y L. Manlio traerían á Italia los soldados veteranos. Decretóse para el cónsul Cornelio la formación de una flota de cincuenta naves elegidas entre las que estaban en África á las órdenes de Cn. Octavio y las de P. Vilio que guarnecían las costas de Sicilia: el cónsul debía designar las naves que quería; P. Scipión conservaría las cuarenta naves largas que tenía; si deseaba dejar el mando á Cn. Octavio, se le prorrogaría por un año con el título de propretor; si designaba á Lelio para el mando, Octavio regresaría á Roma, trayendo las naves que no necesitase el cónsul. M. Fabio recibió también diez naves largas para defender la Cerdeña: además los cónsules recibieron órdenes para alistar dos legiones urbanas. Así, pues, la república tuvo en pie de guerra aquel año catorce legiones y cien naves largas.

Entonces se ocuparon de los legados de Filipo y de los de Cartago, conviniéndose en recibir primero á los macedonios, cuyo discurso fué mezcla de excusas, acusaciones y peticiones de reparación, en respuesta á las quejas formuladas por los legados que envió Roma á Filipo sobre la devastación de los países aliados; de acusaciones contra los aliados del pueblo romano y especialmente contra M. Aurelio, uno de los tres legados romanos, á quien censuraban con suma acritud no haber dejado la Macedonia después de levantar los contingentes, haber atacado al Rey en contra de los tratados y haber combatido con frecuencia á sus delegados con enseñas levantadas; y al fin pidieron la libertad de los macedonios y de su jefe Sopater, que

habían servido como mercenarios á las órdenes de Aníbal, y que habían caído prisioneros. A estas aseveraciones, M. Furio, enviado expresamente de Macedonia por Aurelio, contestó: «que Aurelio había quedado en el país para impedir que los aliados del pueblo romano se entregasen al rey abrumados por sus desgracias y sufrimientos, y que jamás había atravesado las fronteras de los aliados; que había puesto toda su atención en no dejar talar impunemente su territorio; que Sopater era cortesano y pariente del rey; que recientemente había sido enviado con cuatro mil hombres y dinero al África en socorro de Aníbal y de los cartagineses.» Interrogados acerca de estos puntos, los macedonios dieron respuestas evasivas; entonces se les dijo francamente: «qué sin duda alguna el rey quería la guerra, y que, si continuaba, la tendría muy pronto. Que había violado doblemente el tratado, primero abrumando con vejaciones á los aliados del pueblo romano y talando sus tierras con sus hostilidades, después ayudando á los enemigos con auxiliares y subsidios, que Scipión no había hecho ni hacía nada que no fuese justo y legítimo, tratando como enemigos y cargando de cadenas á los que había cogido con las armas en la mano en guerra contra Roma; que, en fin, M. Aurelio obraba en interés de la República y merecía la gratitud del Senado al emplear las armas, puesto que la fe de los tratados era impotente para proteger á los aliados del pueblo romano.» Después de despedir á los macedonios con esta severa respuesta, se hizo entrar á los cartagineses: eran éstos los ciudadanos principales de la República. Al contemplar su edad y su dignidad, todos comprendieron que los vencidos querían seriamente tratar. El principal personaje de la embajada

era Asdrúbal, llamado Cordero (1) por sus conciudadanos: Asdrúbal había aconsejado siempre la paz y luchado con el partido barcino, por lo que se le escuchó benévola en aquella coyuntura, cuando, para disculpar á su patria, atribuyó toda la responsabilidad de la guerra á la ambición de algunos hombres. Pronunció un discurso hábil, en el que tomaba el tono de la justificación; en tanto hacía confesiones para no hacer el perdón demasiado difícil, negando con impudencia hechos reconocidos; en tanto invitaba al Senado á usar sus ventajas con reserva y moderación. «Si los cartagineses, decía, hubiesen querido escucharle á él y á Hannón, y aprovechar las circunstancias, hubiesen dictado las condiciones que pedían en aquel momento. Era cosa rara que los dioses diesen á la vez á los hombres la fortuna y la prudencia. El pueblo romano era invencible, porque en medio de la prosperidad sabía seguir los consejos de la razón. Extraño sería sin duda que de otra manera obrase. La falta de costumbre producía en ellos, para quienes el triunfo era novedad, regocijos que frisaban en delirio. El pueblo romano estaba acostumbrado á las alegrías de la victoria; se encontraba saciado, y su clemencia con los vencidos tal vez había contribuido más que sus conquistas á extender su imperio.» Los otros oradores procuraron inspirar más compasión, recordando «de qué cumbre de grandeza había caído Cartago y á qué abismo de males: ellos, que en otro tiempo habían sometido á sus

(1) Entre los cartagineses no había nombres propios, sino más bien mote tomado de algunas cualidades ó semejanza con algún animal. Así el nombre de *Barca*, significaba rayo, y era un mote personal de Amílcar.

armas victoriosas casi todo el universo, no poseían más que las murallas de Cartago. Encerrados en su recinto, nada veían en la tierra ni en el mar que reconociese sus leyes. La misma ciudad y sus penates solamente les pertenecerían si el pueblo romano no les quitaba con su cólera aquel asilo, más allá del cual nada tenían. Visible fué la emoción de los senadores; dicese, sin embargo, que uno de ellos, que no podía olvidar la perfidia de los cartagineses, exclamó: «¿En nombre de qué Dios quieren ajustar la paz después de haber engañado á los que fueron testigos de sus primeros juramentos?» Y Asdrúbal contestó: «En nombre de los dioses que tan cruelmente castigan á los transgresores de los tratados.»

Todos los ánimos se inclinaban á la paz, cuando el cónsul Cn. Lentulo, que tenía el mando de la flota, se opuso al senatusconsulto. Entonces los tribunos M. Acilio y Q. Minucio propusieron al pueblo «que declarase autorizaba al Senado para hacer la paz con los cartagineses y que designase quién había de concluirla y quién había de traer de África el ejército.» Consultadas las tribus, se mostraron unánimes acerca de la paz, y encargaron á Scipión que la concluyese y trajese el ejército. En virtud de esta decisión, decretó el Senado que P. Scipión, después de consultar con diez comisarios, ajustaría la paz con el pueblo cartaginés en las condiciones que considerase convenientes. Los cartagineses dieron en seguida gracias al Senado, y pidieron permiso para entrar en Roma y ver á sus compatriotas presos en las cárceles públicas. «Unos, decían, eran parientes y amigos suyos, y para otros tenían encargos particulares de sus familias.» Cuando les hubieron visitado, pidieron el favor de rescatar algunos: dijeron-

les que diesen sus nombres, y nombraron unos doscientos: entonces por un senatusconsulto, se mandó que los comisarios romanos tomarían doscientos prisioneros, designados por los cartagineses, los conducirían al África, entregándolos á P. Cornelio Scipión, y le recomendarían que los diese sin rescate á los cartagineses cuando estuviese concluida la paz. Los faciales designados para ir al África á sancionar la paz á petición suya, consiguieron un senatusconsulto redactado así: «Los faciales llevarán las piedras y verbenas sagradas (1); el pretor romano les mandará sancionar el tratado, y ellos, á su vez, pedirán al pretor la planta misteriosa.» Esta es una planta que se coge en el Capitolio para darla á los faciales. De esta manera fueron despedidos de Roma los legados cartagineses. Cuando pasaron al África y se presentaron á Scipión, ajustaron la paz con las condiciones anteriormente expuestas. Entregaron sus naves largas, sus elefantes, los tránsfugas, los desertores y cuatro mil prisioneros, entre los que se encontraba el senador Q. Terencio Culcon. Scipión hizo llevar las naves á la alta mar y las quemó; dicese que había quinientas de remos de todas clases; la vista de aquel repentino incendio impresionó tan dolorosamente á los cartagineses como si hubiese ardido la misma Cartago (2). A los tránsfugas les trataron con más dureza que á los desertores: los del nom-

(1) Estas piedras sagradas eran aquellas que servían á manera de cuchillos para abrir las victimas.

(2) Compréndese la importancia que Cartago debió atribuir á su marina. Diodoro refiere que la derrota de una flota producía siempre duelo público, revestíanse de negro los mástiles y se extendían en la proa de las naves pieles de carneros negros.

bre latino fueron decapitados y los romanos crucificados.

Cuarenta años hacía que se ajustó la primera paz con los cartagineses, bajo el consulado de Q. Lutacio y de A. Manlio. La guerra había comenzado veintitrés años después, bajo el consulado de P. Cornelio y de Tib. Sempronio. Terminóse á los diez y siete años bajo el de M. Cornelio y Elio Peto. Dícese que más adelante repitió muchas veces Scipión, que la ambición de Tib. Claudio primero, y después la de Cn. Cornelio, le habían impedido terminar aquella guerra con la ruina de Cartago. En Cartago, en medio de los apuros que había para el primer pago del tributo, por la escasez del Tesoro, agotado por aquella guerra tan larga; en medio de la tristeza y desolación del Senado, dícese que se vió reir á Annibal. Habiéndole reconvenido Asdrúbal el Cordero porque insultaba de aquella manera el dolor público, del que era primer causante, contestó: «Si los ojos que ven los movimientos del semblante pudiesen leer también en el fondo del ánimo, fácilmente reconoceríais que esta alegría que os extraña brota de un pecho menos regocijado que combatido por el dolor; sin embargo, no es menos extemporánea que vuestras lágrimas, tan inútiles como fuera de razón. Debía llorarse cuando nos quitaban nuestras armas, cuando quemaban nuestras naves, cuando nos prohibían toda guerra exterior, porque aquel fué el golpe que nos mató. Y, creedme, no han tomado los romanos esta resolución contra vosotros porque teman vuestro odio. Saben que un estado grande no puede estar mucho tiempo tranquilo, y que si no tiene enemigos exteriores los encuentra en el interior, á semejanza de esos cuerpos vigorosos que parecen exentos de todo peligro extraño, pero

que sucumben bajo el peso de sus propias fuerzas. No somos sensibles á los males públicos sino cuando afectan á nuestros intereses particulares; y entre estos males, ninguno nos duele tanto como la pérdida de nuestro dinero. Así, pues, cuando á Cartago vencida se la despojó de todas sus riquezas, cuando la habéis visto desarmada é indefensa en medio de toda el África armada; ninguno de vosotros ha gemido. Hoy que cada cual ha de pagar de lo suyo su parte de tributo, creeriase que lloráis la ruina de la patria. Temo que tal vez comprendáis muy pronto que este que lloráis es el menor de vuestros males.» Tal fué el discurso de Annibal á los cartagineses. Entretanto Scipión reunió su ejército, y en su presencia dió á Masinissa el reino de sus padres, añadiendo la plaza fuerte de Cirta y las demás ciudades y territorios separados del reino de Syfax y que habían caído en poder de los romanos. Envió á Cn. Octavio con su flota á Sicilia para que la entregase al cónsul Cn. Cornelio, y mandó á los legados de Cartago que partiesen para Roma para que se ratificase por un senatusconsulto y un plebiscito todo lo que había hecho Scipión por acuerdo con los diez comisarios.

Hecha la paz por mar y tierra, embarcó su ejército y regresó á Lilibeá, en Sicilia. Desde allí envió por mar considerable parte de sus tropas, y él, atravesando la Italia, tan regocijada por la paz como por la victoria, vió por todas partes oleadas de gente que salían de las ciudades para tributarle homenaje; hasta multitud de campesinos obstruía los caminos. De esta manera llegó á Roma, señalando su entrada el triunfo más hermoso que se había visto hasta entonces. Llevó al Tesoro ciento veintitrés mil libras de peso de plata, recibiendo cada soldado, además del botín, cuatrocientos ases de grati-

ficación. La muerte arrebató á Syfax (1) á la curiosidad pública, sin quitar nada á la gloria del triunfo: había muerto poco tiempo antes en Tibur, á donde le habían trasladado desde la ciudad de Alba. La muerte de este rey proporcionó otro espectáculo á los romanos, porque se le hicieron funerales públicos. Polibio, cuyo testimonio tiene bastante autoridad, dice que Syfax asistió al triunfo. En la comitiva que seguía al carro triunfal, veíase á Q. Terencio Culcon con el gorro del libertado en la cabeza (2): durante toda su vida mostró su gratitud á Scipión honrándole como á su libertador. En cuanto al epíteto de Africano, no puedo decir si lo debió al cariño de sus soldados ó al entusiasmo de la multitud, ó bien si fue al principio una adulación de sus amigos, como en tiempos de nuestros padres se llamó Feliz á Sila y Grande á Pompeyo. Lo cierto es que fué el primer general immortalizado por el nombre de la nación que había vencido. Más adelante, á ejemplo suyo, otros generales que no consiguieron victorias tan grandes, adornaron sus imágenes con títulos gloriosos, y transmitieron á sus familias nombres esclarecidos.

(1) Dicen algunos historiadores que Syfax asistió al triunfo de Scipión y que después se dejó morir de hambre en su cárcel.

(2) Signió los funerales de Scipión llevando también el pileo.

FIN DEL LIBRO XXX.

LIBRO XXXI.

SUMARIO.

Reproducción de la guerra contra Filipo — Su causa. — Concesión de la paz á los cartagineses. — Filipo sitia á Atenas. — Los habitantes piden socorro á los romanos. — Encárgase la dirección de la guerra al cónsul P. Sulpicio. — Sus ventajas sobre Filipo. — Desesperación de los habitantes de Abyda. — El pretor L. Furio derrota á los galos insubrios y al cartaginés Amílcar. — Alternativas de la guerra con Filipo. — Triunfo del pretor Furio.

Yo también me congratulo de haber llegado al fin de la guerra púnica, como si en persona hubiese tomado parte en sus fatigas y peligros. Me he atrevido á emprender la tarea de escribir toda la historia romana, y sé que haría mal en espantarme ante la enormidad de la empresa. Sin embargo, cuando pienso que sesenta y tres años (porque este tiempo transcurrió desde la primera guerra púnica hasta el final de la segunda) han llenado tantos libros (1) como los cuatro-

(1) Por el compendio de Floro se sabe que Tito Livio comenzó la historia de la primera guerra púnica en el libro XVI.